

LAS TROPAS REGULARES QUITEÑAS EN LA COLONIA TARDÍA, 1753 – 1809

Kléver Antonio Bravo¹

Resumen

Escudriñando la historia militar ecuatoriana entre la segunda mitad del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, vemos que las tropas veteranas, apoyadas por las milicias, tomaron el serio el oficio de las armas para dar frente a tres amenazas que alteraban el orden social y el sueño de las autoridades locales: a) la inesperada presencia de los piratas en el golfo de Guayaquil, b) Las rebeliones indígenas en la Sierra centro y c) las invasiones portuguesas a la gigantesca zona del Marañón.

INTRODUCCIÓN

Como en todos los tiempos y en todas las dimensiones, la presencia de una fuerza armada ha sido catalogada como el soporte de los intereses gubernamentales. Esta categoría de cimiento a la autoridad se dio con más énfasis en los gobiernos españoles que manejaron los destinos de América en tiempos de la colonia, por la misma necesidad de dar frente a tres amenazas mayores: los piratas,² las rebeliones populares³ y las invasiones portuguesas a la gigantesca zona del Marañón⁴.

Con una misión eminentemente defensiva, todos los virreinos, capitanías y audiencias de la Corona española disponían de un cuerpo armado conformado por las milicias y el ejército regular; tomando en cuenta que, desde el punto

¹Ph.D (c) en Historia de América Latina, Universidad "Pablo de Olavide", Sevilla-España. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. El presente artículo fue presentado como ponencia en el IV Congreso Sudamericano de Historia, realizado en la ciudad de Quito entre el 27 y 31 de julio del 2009

²En la Real Audiencia de Quito, el caso de mayor susto y escándalo se dio en 1687, cuando 500 piratas ingleses y franceses atacaron el puerto de Guayaquil. Léase más en: María Pilar Bernal Ruiz, La toma del puerto de Guayaquil en 1687, ediciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1979.

³Recordemos que las grandes rebeliones quiteñas se dieron en 1592 con la famosa Rebelión de las Alcabalas; la Rebelión de los Barrios de Quito en 1765 y la misma Revolución del 10 de Agosto de 1809; todas éstas, reprimidas con tropas extranjeras. A estos hechos se sumaban los levantamientos indígenas. Sobre los levantamientos indígenas, léase a Segundo Moreno Yáñez en su obra Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, Pontificia Universidad de Quito, 1985.

⁴De este tema, léase a Manuel Lucena Giraldo, "La delimitación hispano-portuguesa y la frontera regional quiteña, 1777-1804", en la revista ecuatoriana de historia Procesos, No. 4, Quito, 1993.

de vista operativo, las milicias eran consideradas como una fuerza de reserva, mientras que el ejército regular era el conjunto de soldados que dedicaba su oficio a tiempo completo a las armas, en razón de que sus filas estaban integradas por las denominadas unidades veteranas o fijas⁵.

Sobre el ejército veterano, se sabe que al inicio era despachado desde Madrid previo el registro del número de plazas debidamente reglamentado. A la cabeza estaban los oficiales peninsulares del grupo militar del Ejército Real, una especie de elite social española. Con el paso de los años y a la falta de oficiales de ultramar, aparecieron los oficiales criollos, una suerte de “generación espontánea” que resultó ser el reflejo de la nobleza americana representada por el “gamonalismo local” en ascenso.

En cuanto a la tropa, estaba conformada por una partida de hombres de la plebe americana y peninsular que llenaban las filas por sentido voluntario o por la recluta forzada. De todo este conjunto de oficiales y tropa que venían de Europa, no todos llegaban a su destino; unos morían en el viaje y otros desertaban, de modo que los nuevos mandos eran cubiertos por jefes americanos. Así, el abismo marcado entre la oficialidad y la tropa estaba definido a través de las jerarquías militares y la dimensión social de cada grupo: mientras los oficiales se “aburguesaban”, la tropa se “proletarizaba”.⁶

LAS TROPAS REGULARES EN LA REAL AUDIENCIA DE QUITO

Para calmar el temor de las rebeliones populares y disponer de un cuerpo armado que dé seguridad exclusiva al Presidente de la Real Audiencia de Quito, en 1753 el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar y Frasso (1753-1761), inició gestiones con la Corona para dar inicio a la formación de una compañía de 25 soldados con sus respectivos oficiales. Según el pedido, la compañía sería pagada con el producto del estanco de aguardiente de caña. Es así como, mediante Real Decreto del 8 de febrero de 1755, se creó la Compañía de Guardia del Presidente, compuesta por el siguiente cuadro:

⁵En 1764, el conde Alejandro O'Reilly había elaborado un documento denominado Reglamento para las milicias de Infantería y Caballería de la isla de Cuba. Este documento sirvió de referente para la organización de milicias y tropas veteranas en toda la América Hispánica. Entre otras cosas, su contenido establecía el número de efectivos de los repartos, los asuntos de gobierno y policía, fuero militar, disciplina, penas y castigos, casamientos, banderas y méritos. Juan Marchena Fernández (Coord.), *El Ejército de América antes de la Independencia*, Fundación Mapfre – Tavera, Madrid, 2005

⁶Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1983, p. 82

- 1 capitán
- 1 teniente
- 2 sargentos
- 2 cabos
- 1 tambor
- 25 soldados⁷

Para esto, el virrey de Nueva Granada, don José Solís Folch de Cardona, en carta del 21 de julio de 1755, envió a Quito el reglamento para el correcto funcionamiento de aquella Compañía. De este reglamento sobresalieron los siguientes acápites:

- Se forme otra compañía de 25 soldados al mando de un capitán
- Sean todos “hombres blancos, de mayor estatura y costumbres”
- El capitán será seleccionado por una terna del gobierno local
- Sus sueldos mensuales serán los siguientes: el capitán, 60 pesos; el teniente, 40 pesos; los sargentos, 17 pesos; los cabos, 12 pesos; el tambor y los soldados, 10 pesos.
- Serán descontados 2 pesos mensuales para el vestuario y dotación de sus armas (fusil y bayoneta para los soldados y cabos, alabarda para los sargentos)
- El vestuario será entregado cada 3 años⁸

Al cabo de varios años, esta Compañía fue reforzada con 50 soldados. La idea era “tener en la quietud y respeto que necesita aquella popular ciudad”. Como el número de efectivos iba en ascenso, en corto tiempo se disponía ya de un cuadro conformado por 200 soldados distribuidos entre Quito, Guayaquil y Cuenca, con la clara misión de sofocar a estos “belicosos” habitantes; pues no era tan fácil para las autoridades hacerse de la vista gorda ante los constantes focos de rebelión, especialmente con los esporádicos levantamientos indígenas que tenían inquieto al corregimiento de Riobamba.

Con la sonada Rebelión de los Barrios de Quito, en 1765, la organización militar creció de la noche a la mañana bajo el concepto de reprimir y mantener el orden público y de vez en cuando “castigar a delincuentes y facinerosos”. Entre todas las tropas extranjeras que arribaron a tierras quiteñas; en abril de 1770, llegaron desde Panamá dos compañías de los batallones de Murcia y Nápoles, al mando del capitán Félix Pasqual. A esta tropa se integró en Guayaquil don Miguel de Olmedo, hombre de notoria filantropía que facilitó – sin estipendio alguno – dos

⁷ Archivo General de Indias, AGI, serie Quito, legajo 573, f. 207.

⁸ Ibíd.

casas para el alojamiento de la tropa que pasó a la “pacificación” de Quito, gentileza con la cual se atribuyó el derecho de ser nombrado tesorero, comisario y pagador⁹.

Pasaron menos de dos años cuando la dispersión de esta gente fue inmediata: de los 100 hombres que conformaban las dos compañías de los batallones en mención, 38 desertaron en Quito, 33 desertaron en la marcha, 4 se quedaron en el hospital, 10 se fueron a mejor vida y dos se quedaron para apoyar a la formación de nuevas compañías fijas. Regresaron a Panamá apenas 18 veteranos en septiembre de 1771, cuando había cesado el temporal de lluvias¹⁰.

La partida y dispersión de las tropas extranjeras obligó al presidente de la Real Audiencia, teniente coronel Joseph Diguja (1767-1778), a reorganizar la tropa veterana quiteña. Con el propósito de formar las nuevas compañías fijas, en marzo de 1772 fueron convocados algunos desertores de los batallones de Nápoles y Murcia, españoles veteranos que estaban esparcidos por tierras quiteñas y uno que otro militar criollo. Un mes más tarde rindieron honores a don Joseph Diguja el conjunto de soldados de las tres compañías fijas con su armamento y equipo de campaña, adoptando el nombre de Cuerpo Veterano de Infantería de la Provincia de Quito. Este era el parte de aquel reparto que se había organizado:

- 1 capitán
- 1 teniente
- 1 subteniente
- 152 hombres de la tropa
- 270 fusiles, 180 útiles
- 202 bayonetas, 178 útiles
- 9 cajas de guerra

Para 1778 hubo un cambio ligero en la oficialidad, no así en la tropa:

- 3 capitanes
- 2 tenientes
- 2 subtenientes
- 7 cadetes
- 142 elementos de la tropa ¹¹

La revista de comisario, encabezada por el presidente de la Audiencia, don Josef

⁹Ibíd., legajo 574, folio 795. Relación de méritos y circunstancias de don Miguel de Olmedo.

¹⁰Ibíd., Panamá, legajo 359. Informe del capitán Félix Pasqual sobre el estado de la gente y las novedades ocurridas.

¹¹Ibíd., Quito, legajo 573, f. 449

García de León y Pizarro (1778-1784) y fechada el 20 de octubre de 1780, reflejaba un crecimiento considerable en las filas de la tropa de las 3 compañías fijas:

- 3 capitanes
- 3 tenientes
- 2 subtenientes
- 6 cadetes
- 216 hombres de la tropa; entre sargentos, cabos, soldados y tambores
- 3 licenciados por viciosos
- 4 dados de baja
- 196 fusiles
- 187 bayonetas ¹²

Este informe de la revista daba a entender que iban mejorando los niveles de instrucción y organización de la Fuerza. Los documentos hablan del buen uso del uniforme de paño azul, que era de buena calidad y que era fabricado en la Audiencia de Quito; del equipo que cada soldado utilizaba para el montaje y desmontaje del fusil: armador, baqueta y sacatrapos. Pero también se pudo ver el talento en el mando y la calidad de los oficiales, como es el caso del teniente Antonio Citeli,¹³ oficial de la segunda compañía e instructor de los cadetes, quien informaba acerca de don Juan Salinas, don Josef Checa y don Nicolás Aguilera como los cadetes más destacados.

En el Puerto Principal, la Compañía Fija de Infantería empezó sus operaciones el 1 de enero de 1780 con el siguiente parte:

- Capitán Víctor Salcedo
- Teniente Ignacio Ruiz
- Subteniente Antonio Juárez
- 5 Cadetes: Nicolás Cornejo, Francisco Campi, Phelipe Béjar, Francisco Campuzano y Pedro Ariza
- 2 tambores
- 3 sargentos
- 8 cabos
- 64 soldados ¹⁴

¹²Ibíd., legajo 574, f. 263

¹³Ibíd., folio 315. Según la hoja de vida, el teniente Citeli llegó a Quito con la compañía del batallón de Nápoles. Era natural de la Serenísima República de Venecia. A su arribo fue nombrado ayudante mayor provisional de las tres compañías fijas en 1771 y fue comandante de la expedición al Marañón a inicios de 1779. Ascendió al grado de coronel en 1797. Murió en agosto de 1800

¹⁴Ibíd., legajo 575. Este parte está firmado por Don Ramón García de León y Pizarro, Gobernador de Guayaquil.

La revista de comisario del 1 de enero de 1787 daba a conocer el siguiente parte de la compañía fija guayaquileña:

- 1 teniente, don Ignacio Ruiz
- 1 subteniente, don Antonio Juárez
- 3 cadetes; don Pedro de Ariza, don Josef García de León y Zaldúa y don Rafael Francisco García de León y Zaldúa
- 4 sargentos
- 2 tambores
- 8 cabos

La plana mayor:

- 2 capitanes de la sala de armas, don Gabriel de Labayen y don Francisco Campuzano
- 1 armero
- 1 ayudante de milicias, don Josef Gago¹⁵

LA EXPEDICIÓN A PANAMÁ

La unidad militar que garantizaba un mejor desempeño profesional en el campo de la armas era el Cuerpo Veterano de Infantería de la Provincia de Quito. Esta unidad castrense mantenía su organización desde fines del siglo XVIII con sus tres compañías, estructura que para el nuevo siglo aumentó a cuatro compañías constituidas por un total de 343 hombres, incluidos los destacados, enfermos y 39 desertores. La revista de comisario del 31 de diciembre de 1805 dejó en constancia el siguiente parte:

3 capitanes: Juan Salvador, Juan Salinas y Joaquín Villaspesa¹⁶

3 tenientes: Nicolás Aguilera, José de Castro y Pedro Ariza

2 subtenientes: Bruno Resua y Manuel Aguilar

12 sargentos

8 tambores

32 cabos

244 soldados¹⁷

¹⁵Ibíd., Quito, legajo 577B. A partir de enero de 1790 fue incorporado al comando de la Compañía el capitán don Juan Josef Indaburu, un navarro de casta noble que al inicio prestó servicios en las compañías veteranas y dragones de Quito.

¹⁶Un año más tarde, el capitán Villaspesa fue suspendido de su oficio y desterrado a Ibarra por orden del presidente Carondelet. Fue incorporado, a pedido de sus hijas, unos meses antes del 10 de Agosto de 1809

¹⁷ Archivo Nacional del Ecuador, ANE, serie Milicias, caja 5, expediente 4

Para 1806 el número de efectivos ascendió a 400 y con este contingente se destacaron dos expediciones: en la primera se desplazaron 40 soldados a la zona de Alausí con el propósito de repeler una posible rebelión indígena que se había anunciado para el día de Corpus, a sabiendas de que los indios de Chunchi tenían “inteligencias secretas” con los de Licto y Guamote. Este pedido de auxilio fue solicitado por el corregidor de Riobamba, don Xavier Montúfar y el alcalde de Alausí, don Andrés Fajardo y Egüez. Esta tropa regular se hizo presente en el lugar, sin embargo no se dio tal rebelión indígena¹⁸.

La segunda expedición fue en refuerzo al Batallón Fijo de Panamá debido a las constantes amenazas al istmo por parte de los ingleses que se encontraban asentados en Jamaica, Trinidad y Barbados. Por orden del presidente de la Real Audiencia, don Francisco Luis Héctor, V Barón de Carondelet (1798-1807), salieron de Quito hacia Guayaquil el 16 de noviembre de 1806 la tercera y cuarta compañías con 200 efectivos de tropa al mando de los tres oficiales: capitán Juan Salinas, teniente Pedro Ariza y subteniente Manuel Aguilar y tres cadetes: José María Indaburu, Pedro Rodríguez y Feliciano Checa. Y para una mejor representación de estas compañías, Carondelet ordenó que los corregidores apoyen con acémilas, vestuario, armamento, dinero y otros pertrechos a fin de que la tropa se desplace con todo lo necesario, incluso recibieron el salario equivalente a tres meses de adelanto y se les cambió las armas menos útiles por otras de buen funcionamiento.

Las compañías emprendieron el viaje “llenas de ardor y alborozo”, dotadas con dos pares de botas y un par de alpargatas por soldado. En cuanto al armamento, llevaron 197 fusiles con sus bayonetas, 196 cartucheras con sus cinturones y cuatro cajas de guerra¹⁹. Todo esto gracias a la gestión del capitán Salinas. Él mismo decía que “todo mi deseo es hacer brillar a mi tropa”.²⁰ Una vez en Guayaquil, salieron rumbo a su destino final en tres embarcaciones fletadas por el gobernador de Guayaquil, don Bartolomé Cucalón y Villamayor, eran los bergantines Tomasita y Guarandé y la goleta Única. La primera novedad se dio con los soldados que habían enfermado en el viaje Quito-Balzar-Babahoyo-Guayaquil, éstos se quedaron a órdenes del gobernador, debiendo ser remitidos al istmo una vez mejorada su salud.

¹⁸ Ibid., Fondo Especial, caja 182, Vol. 436, expediente 10.086

¹⁹ Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador, AHBCE, Fondo General, Vol. 00003, f. 62

²⁰ ANE, Fondo Especial, caja 182, Vol. 435, expediente 10.072

Salinas reportó a Carondelet la llegada de la tropa a Panamá el 24 de enero de 1807 e inmediatamente pasaron la revista de comisario a cargo de don Salvador Bernabeu de Reguard. Desde ese mismo día empezaron las desavenencias entre el líder militar quiteño y el gobernador y comandante general de Panamá, brigadier Juan Antonio de la Mata. Éste llamó la atención a Salinas por la falta de porte militar de su tropa. Entre el vaivén de informes de los comandantes al virrey de Santa Fe, De la Mata decía que lo más sobresaliente de los quiteños era “la pereza, ignorancia de servicio extravagante y la desatenta e impolítica disciplina de esta tropa”.²¹

Al parecer, el pretexto de estos epítetos nacía más en la forma que en el fondo: simplemente los soldados quiteños no eran acostumbrados a saludar a las autoridades sacándose el sombrero, y esto chocaba al brigadier De la Mata; además, nunca se llegó a medir el valor y coraje de nuestros soldados en el combate. En carta del 6 de mayo, Carondelet anunciaba al virrey santafereño el próximo retorno de la tropa quiteña, aclarando que podían quedarse quienes voluntariamente así lo deseaban. En cuanto al capitán Juan Salinas, regresó a Quito en septiembre con licencia de tres meses debido a sus problemas de salud.

Con las 2 compañías en Panamá y una en Guayaquil; la compañía de Quito debía batirse con todas las necesidades y conflictos de la Sierra, incluso tenía patrullas muy reducidas de soldados que hacían guarnición en varios destacamentos: Carondelet (puerto de La Tola), Ibarra, Otavalo, Latacunga, Ambato, Guaranda, Riobamba, Macas y Cuenca. Para fines de 1808, las cuatro compañías veteranas de Infantería de la provincia de Quito volvieron a reorganizarse con siete oficiales, ocho cadetes y 370 individuos de tropa:

Capitanes: Juan Salvador, Joaquín Villaspesa y Juan Salinas

Tenientes: Nicolás Aguilera y Pedro Ariza

Subtenientes: Bruno Resua y Manuel Aguilar

Cadetes: José Indaburu, Pedro Rodríguez, Feliciano Checa, Carlos de Larrea, José Abril, Juan Antonio Moreno, Luis María de Torres y Manuel María Guerra

15 sargentos

8 tambores

32 cabos

315 soldados²²

²¹Ibíd. Carta del brigadier De la Mata al virrey Amar, Panamá, 18 de febrero de 1807

²²AHBCE, Fondo General, Vol. 13, f. 2. Revista del 31 de diciembre de 1808

Para inicios del año 1809, las 4 compañías fueron reducidas a 2. La tercera y cuarta compañías fueron asignadas al Batallón Fijo de Panamá, por orden del Virrey de Santa Fe, con fecha 20 de enero de 1809. Las dos compañías que permanecieron en Quito continuaron al mando de los siete oficiales hasta el 1 de julio, pese a que la tropa se redujo a 200 hombres. La revista de comisario pasada en el mes de marzo, por don Bernardino Delgado y Guzmán, Oficial Real Tesorero y Comisario de Guerra por S.M., anotaba el siguiente parte:

Primera compañía

Capitán Salvador, teniente Aguilera y subteniente Aguilar

4 sargentos

2 tambores

10 cabos

84 soldados

Segunda compañía

Capitanes Villaspesa y Salinas, teniente Ariza y subteniente Resua

4 sargentos

2 tambores

10 cabos

84 soldados ²³

Ante la escasez de personal, el capitán Villaspesa solicitó al presidente de la Audiencia, Conde Ruiz de Castilla, la inmediata incorporación de los destacados a la compañía de la capital, excepto los 15 hombres de Cuenca. Pese a que el pedido resultó favorable, las autoridades locales protestaron ante tal incorporación. Don Xavier Montúfar, Corregidor de Riobamba, que apenas disponía de 1 cabo y 4 soldados, manifestaba que la ausencia de éstos dejaba la vida de los vecinos "expuesta a la furia de los naturales". En similares condiciones se encontraban don Gaspar de Santistevan, que apenas disponía de 1 cabo y 2 soldados asignados a Otavalo; don Manuel Pérez de Anda, en Ambato, con el mismo número de efectivos y don José Herrera, en Carondelet, con 12 hombres. Este último caso tenía su particularidad ya que en 1806 el puerto fue saqueado por una fragata inglesa que les obligó a proveerles de lo necesario para seguir su marcha. Con este antecedente, Herrera más bien pedía que se aumente el número de veteranos por las peleas, asesinatos y demás excesos que se daban en la población.²⁴

²³Ibíd., f. 55

²⁴Ibíd., Vol. 00003, ff. 112-121

LA FALANGE QUITENA DE S. M. FERNANDO VII

Una vez formada la Junta Suprema de Gobierno, a raíz del Primer Grito de Independencia del 10 de Agosto de 1809; la cúpula revolucionaria, integrada por la elite criolla, la Iglesia y el Ejército, necesitaba de un cuerpo armado que garantice su espacio de dominio político, social y económico; de esta forma, desconocer cualquier tipo de ingerencia de otros gobiernos coloniales. En busca de estas garantías, se formó la primera unidad militar quiteña de la época independentista con el título de Falange²⁵, al mando del coronel Juan Salinas, oficial de carrera que en esos momentos ostentaba la jerarquía más alta en el Ejército²⁶.

De acuerdo al Acta del 10 de Agosto, la falange debía estar conformada por tres batallones y éstos a su vez con 25 compañías de 80 hombres cada una.²⁷ Con tal celeridad, esta nueva fuerza quedó conformada por una plana mayor y dos batallones integrados por un total de once compañías.

El parte del 25 d agosto de 1809 reveló la siguiente organización general de la mencionada falange quiteña:

Plana mayor del primer batallón:

5 oficiales

1 capellán

1 cirujano

1 tambor mayor

1 armero

Primer batallón

7 oficiales al mando de las 3 compañías

Plana mayor del segundo batallón:

3 oficiales

1 capellán

1 cirujano

1 armero

Segundo batallón

8 compañías al mando de 22 oficiales²⁸

²⁵Según el diccionario militar del Ejército ecuatoriano, editorial ESPE, p. 172, falange era el Cuerpo de Infantería que formaba la base de los ejércitos de la Grecia clásica.

²⁶ANE, Fondo Especial, caja 191, Vol. 463, documentos militares 1809-1810, expediente 10725-1. Juan Salinas fue ascendido al grado de coronel y asumió el mando de la Falange con el siguiente sueldo: agosto, 164 pesos y 1 real; septiembre, 246 pesos y 1 real y medio; octubre, 246 pesos y 1 real y medio. Total, 656 pesos con 4 reales.

²⁷Neptalí Zúñiga, Montúfar, primer presidente de la América revolucionaria, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1947, p. 72

²⁸ ANE, Fondo Especial, caja 191, Vol. 463, exp. 10725

CONSIDERACIONES FINALES

- En cuanto al rol principal de la tropa regular quiteña, su misión era eminentemente defensiva, en vista de que las amenazas estaban claramente definidas: los piratas, los levantamientos populares y las invasiones territoriales de los portugueses.
- La inclusión y ascenso de los oficiales y cadetes era el vivo reflejo de una época de castas; no así la tropa, pues ésta era un conjunto de hombre de la plebe que se alistaban por la recluta forzada o por necesidades del estómago. Sin embargo, en la gran mayoría de aquellos soldados se veía una verdadera convicción por su lucha en nombre del Rey, un rey que nunca conocieron.
- Como se puede apreciar, las tropas regulares quiteñas de fines del siglo XVIII fueron una fuerza que tuvo su origen en 1753, con apenas dos oficiales y 30 individuos de tropa, cuya única misión era la seguridad personal del Presidente. Luego de dos décadas, este pequeño reparto triplicó su gente tanto en la oficialidad como en la tropa y la incorporación de los jóvenes cadetes. Con esto, maduraba en la comunidad la idea de que era necesaria una fuerza que garantice la tranquilidad de la población frente a las amenazas que se percibían latentes, particularmente en Guayaquil y en la Sierra centro y norte. Se podría decir que su armamento tanto como su entrenamiento dejaban mucho que decir; sin embargo, estas compañías veteranas sentaron las bases de un ejército regular en el espacio histórico de la colonia tardía.

El historiador Kléver Antonio Bravo, es Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Graduado en Relaciones Internacionales por la Universidad San Francisco de Quito; Master y Ph.D (c) por la Universidad “Pablo de Olavide”, Sevilla – España. Ha publicado diversas obras relacionadas con la Historia Militar Ecuatoriana